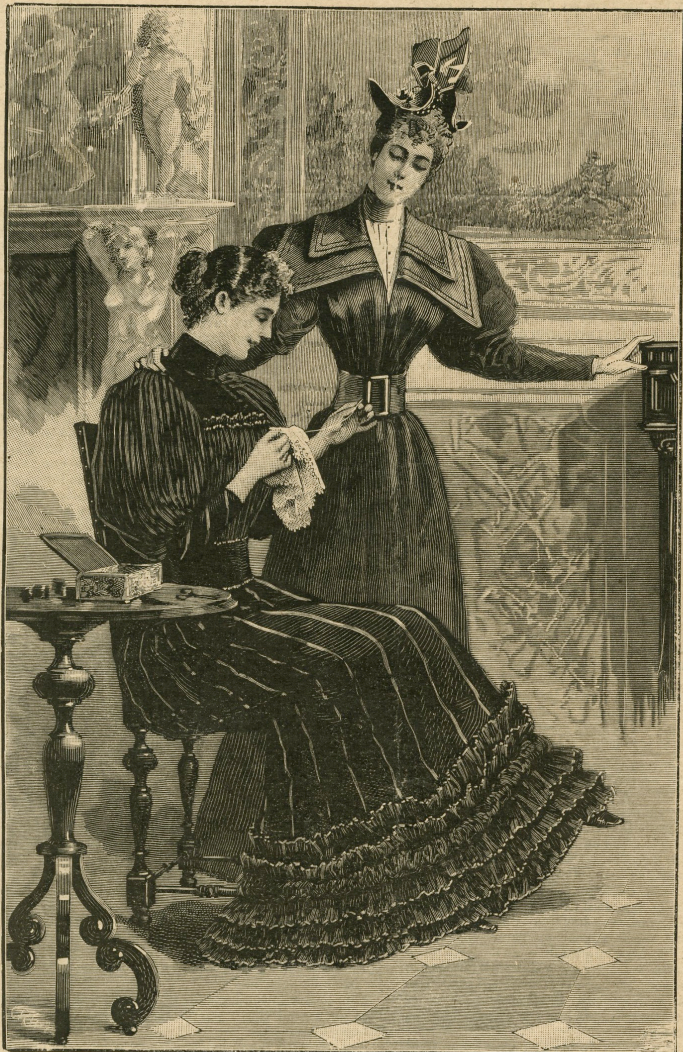


2 y 3.—Sombrero para niñas y niños (visto por detrás y por delante).



4 y 7.—Vestido para niños de 1 á 2 años. 5 y 6.—Vestido para niñas de 3 á 5 años. Espaldas y delanteros.



8 y 9.—Trajes de recibir y de visita.



10.—Traje de château con esclavina. Véase el dibujo 13.

Copyright, 1880, by Harper and Brothers.



Copyright, 1903, by Harper and Brothers.

II.—Saut de lit (traje de mañana).

nuestra época, y siempre hace sus encargos á casas donde le consta que las obreras están bien pagadas y donde no se las *saca el jugo*. Cuidadosísima de sus cosas, da gusto entrar en su cuarto, al cual ella misma da diariamente un toque final, arreglando sus flores y sus libros. Jamás veréis allí ni una silla fuera de su sitio, ni un libro estropeado, ni una labor tirada. S. A. es un verdadero dechado de educación inglesa, tan minuciosa en sus menores detalles. Este es el modelo de belleza, de educación y de bondad que ha tocado en suerte al Duque de York.

Él es de arrogante aspecto, aunque no tiene mucha estatura, y su cara es tipo de belleza sajona. De carácter sumamente reservado y silencioso, de agradables maneras, de vastísima instrucción, el príncipe Jorge tiene fama de poseer un corazón noble y generoso, digno por todos conceptos de su ideal esposa.

Esta joven pareja es la que en medio de una multitud, que seis mil agentes de la autoridad apenas podían contener, salía el día 6 Julio de Buckingham Place en dirección á Saint-James, Chapel Royal, á la capilla del Palacio Real, que

es pequeña, deslucía verdaderamente la fiesta, pues era insuficiente para contener el número de invitados, resultando una aglomeración espantosa. Llena de bote en bote, en los bancos donde cabían doce personas, colocadas veinticuatro, con un calor que ni en África, y debido á la abundancia de rosas que formaban su principal adorno, una atmósfera tan saturada de perfume, que ponía en peligro la cabeza más firme. Así, más de una delicada dama no pudo ver el final de la ceremonia, víctima de intempestivo síncope.

Vuestra Lady Belgravina, que, como buena española, es



12 y 13.—Trajes de château. Véanse los dibujos 10 y 14.

Copyright, 1885, by Hague and Brothers.

de hierro colado, no siendo propensa á desmayos—afortunadamente para aquellos sobre quienes mi pesada humanidad pudiera desplomarse—lo vió todo á las mil maravillas, pero sudó hasta *tinta*; y os digo esto, porque al salir de la capilla, mi cara estaba llena de tiznones negros: ¡el velo se me *derribó!* La entrada de la comitiva no fué lucida, pues no teniendo los pobres señores espacio apenas para moverse, las Majestades iban pisando á las Majestades, y las Altezas enredándose en la cola de las Altezas. La novia iba emocionadísima, blanca como su vestido y las

flores de azahar y muguet que lo adornaban. El novio en cambio ostentaba serenísimo aspecto. A la reina Victoria se le reía hasta la ropa, que por allá decimos; las demás Reales personas tenían placentera expresión. La Princesa de Gales debía estar sosteniendo horrible lucha, como lo indicaba su bello rostro, en el cual la dulcísima expresión que lo caracteriza se veía velada de profunda tristeza. Adora á su hijo el Duque de York. Por la princesa May ha tenido siempre infinita ternura; pero era también madre del Duque de Clarence, y hay que hacerse cargo de los dis-

tintos sentimientos que tenían que agitar su corazón!....

Después de terminada la ceremonia, S. M. la Reina y la augusta pareja se asomaron al gran balcón de Buckingham Palace, siendo calurosamente vitoreados por la multitud. Después sirvióse espléndido *lunch*, y por fin, los recién casados cambiaron sus galas nupciales por elegantes trajes de viaje, y partieron de la estación de Liverpool Street para York Cottage Sandringham.

Mientras los recién casados se entregan á las dulzuras de la luna de miel, que les deseamos eterna, Londres é Ingla-

terra entera celebran el fausto suceso con admirables iluminaciones, funciones y conciertos regios, diversiones de todas clases.

Los regalos de boda de los Príncipes, expuestos en el Imperial Institute, y entre los cuales figuran los ricos presentes de todos los soberanos reinantes y de la nación entera, forman un verdadero museo de curiosidades y de riqueza. La joven Princesa no olvida á los pobres: en medio de su dicha se ocupa en que los institutos de caridad, en que las escuelas pobres disfruten de algunos días de vacaciones, de fiestas campestres, de abundantes limosnas; y así, suben al cielo miles de bendiciones para la futura Reina, cuya caridad brillará como la más hermosa piedra de su corona.

LADY BELGRAVIA.

EN EL ABANICO DE IDA GAY Y SARDÁ.

Quando el céfiro agite
Tu varillaje,
Y en ondas perfumadas
Y en ambrosia
De Ida su rostro angélico
Bañes galante,
Discreto confidente,
Nada le digas.
Cual lindas mariposas
Revolotean
Los efluvios divinos
De sus miradas,
Y como son de fuego
Y centellean,
Hieren los corazones
Y el alma abrasan.
Velad, dichosos pliegues
De este abanico,
Los ojos parlanchines
De vuestra dueña;
Que el matar á los hombres
Es un delito,
Y sufre la incendiaria
Enormes penas.

ENRIQUE MARTÍN Y GUIX.

Cuenca, 1893.

PRÁCTICAS SOCIALES.

Continuación.



Los forman un brillante conjunto de vistosos y variados uniformes, entre los que se ven algún que otro frac.

Por último, los Grandes pasan á la escalera, con objeto de ser reconocidos en su dignidad por los guardias alabarderos, que están formados.

Tan aristocrática ceremonia fué instituida por el emperador Carlos V cuando limitó el privilegio de cubrirse ante el Rey, común antes á todos los títulos, á doce Grandes de España, que se llamaron desde entonces *Grandes de primera clase*.

Las señoras Grandes de España tienen también, como ya sabéis, su correspondiente y no menos aristocrática ceremonia: la de *tomar la almohada*. Visten traje de corte, lucen valiosas joyas, y en presencia de S. M. tienen que hacer lo siguiente:

Invitadas oficialmente por la Camarera mayor de Palacio, asisten á este acto las señoras Grandes de España que anteriormente han tomado la almohada, y esperan la salida de S. M. la Reina colocadas por orden de antigüedad, según la fecha en que recibieron este honor, á uno y otro lado de la antecámara.

Después que haya entrado S. M. y tomado asiento en el sillón dispuesto al efecto, dice, dirigiéndose á las señoras presentes: «Sentaos», lo que efectúan.

La Camarera mayor toma asiento en la almohada colocada á este fin detrás de S. M. la Reina. El Mayordomo mayor queda de pie, detrás del sillón de S. M., y el Mayordomo de semana, inmediato á éste.

Seguidamente el Secretario de la Camarera, colocado á la derecha de la puerta que conduce á la Saleta, donde esperan las señoras que han de tomar la almohada, obtenida la venia de S. M., anuncia á la primera que por el orden prefijado ha de recibir este honor, diciendo: «Señora: la Duquesa, Marquesa», etc.

Se presenta la anunciada, llevada de la mano de su madrina, que ha salido á buscarla; al entrar hacen ambas una reverencia á S. M., adelantan unos pasos y hacen la segunda: después saludan á uno y otro lado á las señoras, que deben levantarse para contestar al saludo y sentarse inmediatamente. Entonces continúan hacia S. M., y hacen la tercera reverencia, retirándose la madrina á su asiento.

S. M. la Reina dice á la anunciada: «Sentaos», y ésta lo verifica en la almohada que se halla enfrente, dignándose S. M. hablarle parcialmente.

Iniciado por S. M. el término de esta breve conferencia, se levanta la agraciada, besa la Real mano, y con su madrina, que ha venido de nuevo á buscarla, saludan á S. M. y á las circunstancias en la misma forma que á la entrada, y se retira á tomar asiento en el primero de los que no están ocupados.

De la misma manera se procede con la segunda agraciada, y así sucesivamente con cuantas hubiese.

Al finalizar, todas las señoras se ponen de pie, y S. M. se digna recorrer el círculo saludando y conversando con las que han presenciado y recibido esta distinción, con lo que se da por terminada la ceremonia.

Pues, como íbamos diciendo, sólo los criados ó personas de humilde clase permanecen en la calle con el sombrero en la mano mientras hablan con sus superiores, en señal de sumisión y respeto.

Si en una confitería, repostería, ó en el tranvía, paga un caballero el gasto ó el asiento de una señora, cuando ésta le dé las gracias, lo mismo de cerca que de lejos, el caballero debe, por lo menos, llevarse la mano al sombrero.

El *claqué* se conserva en la mano hasta para bailar. Si se trata de un banquete, se deja (claro está) durante la comida, sobre cualquier silla; pero es muy general que después se vuelva á coger, á no ser (claro está también) que se juegue á las cartas ó al billar, etc.

El modo de hablar más ó menos correcto de cada persona depende, en gran parte, del grado de cultura que haya alcanzado.

Es lastima que mientras hay preceptos para la declamación y la oratoria, para el canto y la lectura, no haya ninguno para el arte, no tal fácil como parece, de conversar.

«Cuántas personas conocemos que hablan excesivamente alto ó excesivamente bajo; esto es, como dice un escritor, que no saben colocarse en un juicioso término medio de tonalidad al expresarse!»

«Cuántas otras que hablan mucho y aprisa, sin orden ni concierto! A esto se le llama «soltar la taravilla». Pues no dudéis que todas esas malas manías causan molestia y disgusto á cuantos se ven en el compromiso de presenciarlas.»

No se debe abusar de las *muletillas*, y menos de los chistes, enojosos siempre, que se repiten sin venir al caso, ó imperdonables cuando son á costa de la honra del prójimo. Respeto de este particular, toda cautela, todo cuidado es poco.

Conviene tener por regla invariable de la conversación no decir jamás bien de sí mismo, ni mal de otro.

Las bruscas y estruendosas carcajadas, así como los modales alocaos y groseros, son de todo punto incompatibles con los fueros de la urbanidad y de la decencia.

En un curioso artículo sobre «el modo de hablar», hemos leído: «Hay voces ásperas, fuertes, en las que vibran las pasiones con irritante acritud: voces oscuras, abogadas, chillonas, melosamente hipócritas, secas hasta la severidad; otras sin fisonomía propia, desprovistas de inflexiones, vulgares; hay voces que ofenden al oído, que producen vértigo á quienes las escuchan, ó que provocan compasión y aun risa. Estas voces las tienen hombres y mujeres, y si en aquellos son feas y reprensibles, imaginamos el efecto que en éstas causarán. Mas no penséis, no, que sólo la naturaleza es responsable de semejantes defectos. Son hábitos que han ido creciendo y creciendo hasta formar parte integrante del individuo. Es el olvido de la educación desde la niñez, el desconocimiento de las buenas prácticas sociales, y el roce con gente apretada de juicio y suelta de lengua. Es indudable que el modo de hablar del pueblo ó nación á que pertenecemos imprime en nosotros un sello indeleble; pero también lo es que la cultura tiene en sí fuerzas bastantes para vencer y corregir las deformidades de una educación descuidada.»

No deis á gritos las órdenes á los criados, ni los increpéis á gritos también; tampoco debéis gritar para reñir á los niños traviesos: ¡los gritos no hacen efecto!... y si lo hacen, es contraproducente.

Eso de que cuando hay muchas señoras reunidas, nadie se entienda, y parezcan gallinas, no está bien.

No se debe manotear ni gesticular.

En fin, tratad de poner coto á las malas palabras que oyereis en vuestra propia casa; y si esas palabras son dichas por vuestro padre, vuestro marido ó vuestro hermano mayor, y juzgáis que no podéis ponerlos frente á ellos, que vuestro buen talento os indique medio prudente y eficaz para... *hacerles frente*, extirpando esa plaga de dicharachos bajos, vulgares ó poco decentes que abundan en... tantas partes!

Es también gran descortesía tirar de la ropa, ó darle con la mano en el brazo, ó en el hombro, á la persona con quien queremos hablar.

Es molesto y poco correcto preguntar con insistencia: «¿Quién es éste? ¿Quién es aquélla? etc., etc.»

Y no olvidéis lo que dice San Pablo: *Que vuestra conversación, estando siempre acompañada de una modestia ejemplar, sea razonada con la sal de la discreción, de suerte que sepáis cómo desahogar á cada persona.*

En otro lugar ya hemos dicho que no se debe alabar á la familia, ni hablar con exceso de ella; esto suele cansar á los extraños; háblese en buen hora, pero cuando sea oportuno, y huyendo de toda exageración.

No debe el marido, en visita, nombrar á la mujer por el título que el ostente ó el empleo que desempeñe, verbí gratia: *la duquesa, la generala*, etc.; ó lo que es peor: *mi señora*. Lo más natural es decir simplemente *mi mujer*. Esta debe decir *mi marido*, en vez de *el duque, el general, mi esposo*, etc.

Y en sentido opuesto tampoco está admitido—porque supone ordinario—decir hablando uno de otro y delante de personas de cumplido y bien educadas: «*este me lo dijo*»; «*ésta no contesta*»; «*esa no va*»; «*ese no quiero*», etc., etc.

Ahora bien; á la que está casada con el duque, cuando se le pregunta por su marido, lo natural es decirle: «*¿Y el duque?*»; y así sucesivamente: «*¿Y el general?*» si el esposo lo es. La palabra *esposo* está más admitida escribiendo que hablando.

Los hombres, aunque no sean militares, cuando hablan con un general suelen decirle *mi general*.

A propósito del *mi*—no la nota musical, sino el pronombre:—no digáis nunca, hablando de vuestros padres: *mis papás*, ni *mi mamá*, ó *mi papá*, sino *mis padres*, *mi padre*, ó *mi madre*.

Es de mal tono también no sólo interrumpir al que tiene

la palabra, sino decir cuando hablamos nosotros, venga ó no venga á cuento y á manera de muletilla: *¿me entiende usted? no sé si me explico; ó esto dijo él; esto dijo ella*.

Suele hacerse pesada toda persona que no tiene otra conversación que referir sus penas ó sus enfermedades.

No es correcto hablar de teatros delante de persona devota, de los clérigos y las monjas, á no ser que ellos inicien la conversación.

Delante de los tristes, no por carácter, sino por verdaderas desdichas, no habléis con exceso de las alegrías y diversiones del mundo.

La conversación sobre edades es también poco correcta. Dicen los que saben mucho de estas cosas, que no debe exagerarse la urbanidad ni la etiqueta.

Los antiguos decían de la urbanidad que era *una ciencia que enseña á colocar en su verdadero lugar lo que habemos de hacer ó decir*.

Tampoco es natural alardear extranjerismo en la conversación. Tampoco agrada el alarde de erudición. Debe tenerse en cuenta que la conversación es una distracción, no una conferencia.

No abuséis del *hijo ó hija* para hablar con cualquiera, y en las tiendas sobre todo; porque es tan común en Madrid eso de ser madre de todos, como ordinario en las razonables reglas de la buena crianza.

Evitese decir *Prado* en vez de Prado, y *Madrid* en lugar de Madrid, etc., etc.

No vale tratar de convencer, durante una discusión, más que por la fuerza de los argumentos, que es lo lógico, por la de los pulmones, que es lo de descortés.

Mucho tacto, mucho, todo es poco, al abordar la conversación sobre religión y política.

Ya no se dice: *ya sabe usted dónde tiene su casa*, cuando un caballero acompaña á unas señoras hasta la puerta de la misma morada, pues ahora basta la presentación para que todo caballero bien nacido se crea obligado á «dejar tarjeta» al día siguiente.

No nos consideremos ofendidos si elogian en nuestra presencia á nuestros enemigos; pero en el tacto de la señora de la casa, ó de quien lleva la voz cantante en la conversación, está el no cometer semejante imprudencia.

Bueno y santo que demos expresión á lo que decimos; pero no es correcto ni agradable gesticular ni manotear, ni golpear en nuestras propias rodillas, y mucho menos en las del prójimo. La nerviosidad, enfermedad «*fin de siglo*», es también tan enojosa como su contrario aspecto, el de la ticsura, «*moda idiota*», como dicen los *pschutteux*. El abanico, el *en-tout-cas* ó la sombrilla, y sobre todo el manguito, son verdaderos recursos para las mujeres: merced á ellos, las más desenvueltas reprimen algo sus exagerados movimientos. Los brazos no deben caer á lo largo, ni encorvarlos poniendo las manos en la cintura cual si estuvieseis en jarras.

Si en que esto sea abogar por la hipocresía, ¡librenos Dios! copiáremos, para las muy habladoras ó las poco reposedas, estas palabras de un sabio, médico ilustre por cierto: «No hay un solo pensamiento que no se traduzca en los movimientos, en el gesto, en la mirada de toda mujer...»

No es, pues, prudente exagerar la espontaneidad.

Suele decirse de toda señora elegante «*cy de su casa*», cuando posee el *arte de la conversación*, que «*sabe hacer hablar á los demás y hablar ella poco*», puesto que su papel se limita á conseguir que uno luzca sus agudezas y su *domaire*, otro su ingenio, aquel su ciencia, quén su inspiración, y todos sus respectivos talentos, etc., etc.

Esta, y no otra, es la manera de *tener un salón*, según suele decirse, aunque no respondamos de lo castizo de la frase.

Al tímido debéis animarle, procurando que no se *arricone*; al que es excesivamente modesto convendrá que se le dé alguna expansión; y al vergonzoso, confianza y naturalidad. Y de esta suerte se conseguirá que estén en visita, no como gallinas en corral ajeno, sino como personas hechas al trato de gentes.

A cada cual hablaréis en su cuerda, sin que esto quiera decir que os ciñáis á no tener con el médico, pongamos por caso, otra conversación que sobre enfermedades; y de plectos con el abogado, etc., porque conviene tener en cuenta que unos y otros desean descansar, durante esas horas si quiera, de sus asuntos profesionales.

La dueña de la casa debe contar con alguien que la ayude en la no muy fácil tarea de «*hacer los honores*». Así es que, cuando no se tienen hijas ni parientes jóvenes, se busca, entre las amigas íntimas, aquella que sepa ayudar á recibir.

Se debe evitar á toda costa que se suscite en nuestra casa la menor querrela; y de no haberlo impedido, procurad, al menos, que no tome desagradable giro.

Insistimos en que toda persona de fino trato y exquisita honradez, debe prohibir que la maledicencia sienta sus reales en su morada; este mal se evita empleando sumo tacto, bastante dulzura, sin avergonzarnos ni zaherir á los mismos maldicientes; estos, según regla casi infalible, suelen cebarse más en su víctima si la defensa es poco meditada.

Huid de las personalidades; hablad siempre en general, es decir, sin especificar ni individualizar.

En qué vulgaridad tan grande se incurre siempre que se desdeña á los humildes en presencia de los poderosos!

No es *comm' il faut* prodigar con exceso los cumplimientos y las lisonjas, y menos aún estar ansiosa de ellos.

El buen tono, ya lo sabéis, se opone á que hablemos siempre de nosotros mismos.

La gente que «*tiene mundo*», en el verdadero significado de la frase, sabe ser indulgente con las faltas de educación ó instrucción que cometen les demás.

Para caer en ridículo, nada hay más á propósito que alardear de saber de todo; así como de conocer y saludar á todo el mundo, en especial si de gentes de valimiento ó influencia se trata.

Shakespeare dice que la conversación debe ser divertida y alegre, sin recaer, ni por asomo, en lo grosero; ingeniosa sin afectación; natural sin ser libre; sabia sin pedantería, y veraz... siempre que se pueda....

Por lo tanto, no es posible definirla bien, porque cada cual se la forja de distinto modo, según la manera de sentir ó pensar de su corazón y su fantasía.

Un popular poeta—Trueba, si mal no recuerdo—se la forja así:

«Una casita en el campo,
En el campo una heredad,
Y en la heredad pan y amor,
¡Jesús, qué felicidad!»

Otro poeta coincide con él, al exclamar de este modo:

«Feliz aquel que no ha visto
Más ro que el de su patria,
Y duerme anciano á la sombra
De pequenueco jugaba.»

Y pregunto yo ahora: ¿Es eso la felicidad?
—No—podrá contestarme alguien;—pero es parte integrante de ella.

Claro, como que sin pan y sin amor no hay felicidad posible; pero no es esa una felicidad absoluta, sino relativa, como voy á demostrar.

Colocad á un ambicioso en la casita campestre soñada por el poeta; dadle pan y amor; y, sin embargo, no será ó no se creará feliz. Suspirará continuamente por la corte, en donde puede lograr sus ambiciosos deseos, que, según él, han de proporcionarle la felicidad apetecida. Una vez logrados, nacerán en su mente otros que pretenderá realizar también á toda costa, creyendo, infundadamente, que han de darle el bien anhelado, pues es condición humana desear siempre lo que no se tiene.

Si se abriera un concurso en el que se preguntara en qué consiste la felicidad, se obtendrían contestaciones distintas; sólo por afinidad de sentimientos ó ideas coincidirían las iguales.

—Para mí, la felicidad consiste en la posesión de la mujer amada—diría el enamorado.

- Para mí, en la gloria—añadiría el poeta.
- En atesorar dinero—opinaría el avaro.
- En tener salud—replicaría el enfermo.
- En la maternidad—haría constar la buena esposa.
- En el poder—gritaría con toda la fuerza de sus pulmones el poitiquillo.
- En la grandeza—añadiría á renglón seguido el ambicioso.

He aquí una porción de felicidades relativas, que juntas—*rara avis* en un mismo individuo—pocas veces ó nunca llegan á constituir una felicidad absoluta.

Trueba al canto.

Tengo un amigo, rico por su casa, que ocupa en la sociedad una posición brillante. Literato eminente, la gloria le acaricia con sus halagos; marido amatísimo, su esposa es un dechado de virtud y de belleza; padre afortunado, sus hijos gozan de buena salud, y son modelos de aplicación é inteligencia; hombre mimado de la suerte, los negocios que realiza andan siempre viento en popa, tanto, que á su voluntad suben ó bajan los valores públicos, siempre en beneficio suyo. Este amigo, envidiado de todo el mundo, más que por su nombre, es conocido entre sus relaciones por un epíteto: por el *hombre feliz*.

—¿Pero de veras lo eres?—le preguntó confidencialmente cierta vez un amigo.

—Te seré franco—le contestó, lanzando un suspiro de lo más hondo de su pecho—no lo soy en absoluto.

—¿Qué te falta para serlo del todo?—añadió el amigo, deseoso de conocer aquel fenómeno fisiológico.

- Una sola cosa.
- ¿Cuál?
- Desprenderme del temor de dejar de serlo.

Y tenía razón, desde el momento que dicho temor era para él una preocupación que amargaba su felicidad.

Opinan algunos filósofos, educados en la anticuada escuela de Juan Jacobo Rousseau, que el hombre es tanto más feliz cuanto más se aproxima á su estado primitivo. De esta doctrina, negación del progreso, se deduce que el salvaje es, ó debe ser, el hombre feliz por excelencia. Esto me recuerda á Voltaire, del que cuentan cierta burlonamente que siempre que veía al ilustre filósofo ginebrino le daban ganas de andar á cuatro pies. Certo es que el hombre de la naturaleza, exento de las trabas que la sociedad, la religión y las leyes de consumo imponen al civilizado, es mucho más libre. Pero pregunto: ¿Es por eso más feliz? En mi opinión, no puede serlo si no está exento del desce. Nuestros labriegos, que sin vivir en el estado primitivo, están libres de las preocupaciones sociales, no por eso se creen más dichosos; mentalmente envidian á los señores de las ciudades, porque viven en medio del lujo, que para las rudas inteligencias campesinas, es el colmo de la dicha. No es extraño que lo deseen. Y se explica, porque, para el rústico, residir en una gran capital equivale á vivir en la gloria; no ve más que la parte brillante y grandiosa que le atrae y fascina; pero ignora la miseria que detrás de tanta grandeza se esconde: por eso para él todos los habitantes de la metrópoli son dichosos. Toma por oro todo cuanto reluce, y de aquí el que crea que el lujo y el boato constituyen la felicidad. Es este un error tan grande como el creer que se encuentra ésta irremisiblemente dentro de una cabaña, cuando no pocas veces quien mora en ella es el infortunio. No en vano se ha escrito que los extremos son viciosos.

Un filósofo ha dicho que son tan pocas las horas felices de la vida, que si restamos las que dormimos, las que empleamos en los estudios y negocios, y las que nos roban las enfermedades, son tan contadas las dichosas que quedan, que, sumándolas, rara vez constituyen un solo día de felicidad. A propósito de esto, decía con mucha gracia un escritor festivo:

- Yo puedo asegurar que sólo he tenido en mi vida dos días felices.
- ¿Cuáles?—le preguntaron.
- El uno, el día que me uní con mi mujer.
- Y el otro, el día que me separé de ella—contestó cómicamente, uno de sus admirables proverbios, dice:

«La niñez es feliz, porque todo lo ignora; la vejez, desgraciada, porque todo lo sabe.»

De esta máxima se desprende la siguiente consecuencia, que dejo á la consideración de los lectores:

Que, en este mundo, los únicos que podemos considerar felices son aquellos.... que ignoran que lo son.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

LA INSTITUTRIZ.

I.

Y a sé que para nada sirvo en la casa—exclamó Margarita;—pero ¿es culpa mía, si nada me han enseñado?

—No, que será mía—contestó la madre con desentono.—Una hija por la que tantos sacrificios hemos hecho! Todos los días libros, cuadernos y lápices.... Sin contar con que la señorita tenía que vestir como no viste su madre.... Así que D.^a Margarita dibuja, canta, sabe física y matemáticas y conoce á los grandes autores; pero no sabe preparar un cocimiento para su padre enfermo, ni ha hecho nunca otra cosa que tragarse libros que la han hecho perder la salud, obfugándonos á nuevos gastos de medicinas para ella.

—Me refería—replicó la joven, confundida ante aquel torrente de palabras—á después que terminé mi carrera.

—Sí; que te falta el tiempo para visitar oficinas.... Quiera Dios que esas visitas....

La joven levantó orgullosamente la frente ante aquella insinuación ofensiva, á la vez que se escuchaba una voz diciendo:

—¡Haya paz entre las mujeres!
Aquella vez las volvió instantáneamente al sentimiento de la existencia del jefe de familia, y volvieron la vista hacia la alcoba mal oculta por una cortina de percal. En ella, y clavado á un pobre lecho por sus dolores reumáticos, se hallaba el padre de Margarita, extenuado por su vida de trabajo más que por su dencia, con el color que presta la fiebre á las mejillas y muy recortados el pelo y la barba grises.

—Tu madre va muy lejos, hija mía. Tú eres una buena hija, cariñosa y trabajadora, sólo que no sabes desenvolverte. Con un título de institutriz deberías ya tener alguna plaza.... y ya ves que yo no puedo salir á buscarla, ni nos queda nada que empeñar.

Margarita iba á contestar á su padre, pero se contuvo; pasó á su alcoba, y volvió á poco vestida para salir á la calle. No era seguramente nada rico su traje; pero la habilidad había suplido en él á la riqueza, y prestaba á Margarita, en efecto, el aire de señora de que su madre la había acusado muchas veces. Ella misma, contemplando todo el pobre ajuar que la rodeaba, sintió cierta vergüenza.

A la cabecera del enfermo se hallaba sentada la madre, casi impotente por su edad.

Margarita cortó un pedazo de pan, que se guardó en el bolsillo.

—¿No se almuerza?—preguntó con acritud la madre.

—No, mamá.

—¡Ah! Estás enfadada y quieres castigarnos así....

La joven se adelantó hasta colocarse entre sus padres, y dijo:

—Ni estoy enfadada, ni trato de afligir á ustedes; pero soy muy desgraciada. De nada podemos acansarnos unos á otros; pero ustedes han olvidado cosas que yo debo recordarles, porque mi oficio es tener memoria. Cuando me recuerdan en la escuela trabajé por obligación y por gusto. Tuve en ella grandes triunfos, diplomas, libros, imposiciones en la Caja de Ahorros; las maestras me animaban y el orgullo de ustedes resultaba lisonjeador. Cuando las mismas maestras hablaron á ustedes de que debía seguir los estudios de institutriz, ustedes se alegraron de darme una enseñanza superior á mi clase. Yo entonces hubiera podido ser modista ó doncella, y mis doce años no se hubieran rebelado.

Ustedes creyeron acertar, suponiendo sin duda que habría plazas para todas las que logran un título. «Trabajad», me dijeron ustedes; y trabajé hasta el extremo de merecer las censuras que se me acaban de dirigir. A fuerza de asistir á las clases todo el día y de estudiar por las noches con mala luz, he perdido mis fuerzas y me he quemado los ojos, convirtiéndome en una joven pálida y enfermiza, en vez de criarme robusta como hubiera debido siendo hija de ustedes. Tengo todos los diplomas que puede alcanzar una mujer, y por ello han tenido ustedes verdadera vanagloria. Todos creíamos que terminada la difícil carrera se me abriría un porvenir de desahogo y que alcanzaría algún buen nombramiento. Desgraciadamente somos demasiadas para pretenderlos, y he podido averiguar que hay en Madrid muchos centenares de jóvenes en la misma situación que yo....

Han sido ustedes para mí extraordinariamente buenos; no han alentado; me han dicho cien veces que era demasiado instruida para no triunfar; me presentaban á todos con orgullo....

Después, con la llegada de los fríos, usted, padre mío, padeciendo su reuma articular, ha tenido que dejar la imprenta y guardar cama. Mamá no podía correr para fuera, y han venido las deudas, los empeños, mientras que yo he resultado un ser inútil. He visitado, no obstante, á todos los concejales, á todos los directores de colegio; he hecho largas antelas en la Dirección de Instrucción pública antes de ser recibida por un oficial; he acudido á teléfonos, á telegrafos, á todas las sociedades de crédito y de beneficencia, á todos los grandes comercios que podría llevar la contabilidad ó ponerme al most.... Y en todas partes he encontrado á otras jóvenes como yo, y pálidas como por el trabajo y el hambre.... ciento, doscientas aspi-

rantes para cada plaza vacante. ¿Qué puedo hacer en esta situación? ¿Por qué me acusan ustedes por lo que no es culpa mía? Daría mi vida por poderlos auxiliar, trayéndoles algunos fondos.... En fin, voy á salir á continuar mis gestiones, y procuraré volver pronto; pero no estén ustedes con cuidado si tardo.

II.

Y salió á la calle sin saber á punto fijo dónde debía ir. Indiferente al frío, á pesar de su débil naturaleza; indiferente á los transeuntes, recorrió algunas calles sin fijarse siquiera en el establecimiento de enseñanza que le había dado un título de aptitud que para nada le servía. Intentó ver á varios personajes; pero la conocían demasiado los porteros, sus consignas eran terminantes y no les pudo hablar.

Y siguió andando sin rumbo fijo, con la alucinación fija de una idea: la vuelta á la casa de sus padres.... Pero tenía que volver, lo había prometido y nunca había pensado en el suicidio. Sentía en sí la fuerza de la vida y de la juventud, la poderosa vitalidad del corazón, y tampoco quería consagrarlas al mal, siendo hija de muy honrados obreros y teniendo en mucho su propia virtud. Y temblaba aquella vuelta á la casa, donde tropezaría desde luego, fatal é inevitablemente, con las miradas de sus padres, febriles por la larga espera.

En la calle de Atocha se detuvo junto á dos caballeros que hablaban en la puerta del Ministerio de Fomento, y pronunció tímidamente algunas palabras.

—Es ya intolerable la muletilla—contestó uno de ellos.—Debia usted emplear algún recurso nuevo.

Y añadió dirigiéndose á su interlocutor:

—La canción invariable de siempre.... la institutriz sin recursos ni colocación....

—También «trabajad» otra en el barrio de Salamanca; yo no la he tropezado todavía; pero tiene sacrificados á todos los vecinos....

Y adoptando heroicamente el papel de víctima, entregó una peseta á Margarita, que ésta tomó, dando las gracias.... Con ella podría ponerse un puchero al enfermo.

Y siguió andando, sin darse cuenta del camino que recorrería, ni de la marcha del tiempo, cuando un enorme ramo de flores, que cayó sobre su pie, la volvió á la realidad de la vida. Notó entonces que estaba en la calle Mayor; que un largo acompañamiento de personas á pie y en coche seguía á un carro mortuario de gran lujo y lleno de coronas, y que, sin duda, al pasar ella junto al féretro había caído al suelo el ramo. Ni los empleados de la Funeraria, ni las personas del séquito se habían fijado en la caída de aquel rico ramo de rosas y violetas, que Margarita oprimía inconscientemente contra su pecho, sin atreverse á llamar la atención devolviéndolo, y acariciando con verdadera ternura aquellas florecillas.

El entierro bajó por la Cuesta de la Vega, y Margarita se encontró á poco sentada en un banco de la Plaza de Oriente. En una tienda había cambiado la moneda debida á la filantropía del señor de la calle de Atocha, comprando un ovillo de hilo, y la joven desahogó en su asiento, sobre las rodillas, el ramo mortuario y lo convirtió en multitud de ramitos elegantes para el ojal, que fué depositando en su sombrero invertido.

III.

Á las once de la noche volvió Margarita á la casa, donde los padres la aguardaban llenos de inquietud y de funestos presentimientos.

Arrojó alegremente sobre la mesa un puñado de pesetas, y dijo:

—No se apuren ustedes; ya he podido dar aplicación á mis estudios. ¡Ya tengo un oficio!

ATORRA.

CONSEJOS Á LAS CASADAS.

La opinión arraigada en la generalidad de las mujeres que se casan, que su matrimonio se ha debido únicamente á las especiales dotes que las adornan; y creyendo de buena fe que con la bendición nupcial queda terminada la obra de conquistar el amor del hombre, entienden que, cumpliendo al pie de la letra con ese conjunto de deberes que constituye el libro de la sana moral, no puede abrigarse temor alguno de que el compañero de su vida amenigüe el ardimiento que le condujo á la coyunda; pero, cuando hechos probados y por demás lamentables demuestran que la felicidad esperada puede desvanecerse bien pronto, á la manera que se desvanecen con el viento huracanado la columna de humo producido por el incendio más imponente, se ve bien á las claras la gravedad del error y las consecuencias que pueden acarrear la presunción y el amor propio mal entendidos.

La aspiración del hombre sensato es encontrar una mujer que, á la condición de agradable, sume la de ser virtuosa; que se acomode á sus gustos, que le funde alienta en la consecución de sus propósitos, que rebaje la importancia de sus tristezas, que refrene los ímpetus de su impresionabilidad, que le distraiga en sus ocios, que le cuide en sus enfermedades, que sepa realizar su dicha; una mujer, en resumen, que tenga sobrado arte ó sobrado sentimiento para acudir con presteza allí donde la humana debilidad puede abrir profunda herida.

El hombre, de suyo observador, no tarda en penetrarse de los funestos resultados á que puede conducir la delirante pasión impregnada con el vicio, y ora soplando la decepción originada por la inconstancia, ora viéndola merma que sufre su fortuna, habiendo de pagar á fuerza de oro lo que el puro afecto cede sin retribución alguna; ó, en fin, observando que le es preciso someter á cierto salario el



9.—Capa corta de terciopelo.

Copyright, 1902, by Harper and Brothers.

servicio más insignificante, hecho siempre de mala gana, siente frío en el alma al ver cómo desfila ante sí el fúnebre cortejo formado por la indiferencia, la ruina, el duelo y el suicidio; y entonces, cual contrito penitente, llama á las puertas del hogar santo, busca la imagen de sus ensueños, y, de hijos ante ella, le presenta la ofrenda de su cariño juntamente con el producto del honrado trabajo.

La elegida por su corazón le acoge benévolutamente; procura estudiar su carácter, distraerle de sus preocupaciones, hacerle entrever un mundo de venturas el día en que estén unidos; y como rico marco que remata cuadro de tan vivos

colores, aparecen las bellezas de la mujer realizadas con el constante cuidado de la propia persona, y el coro de parientes y de amigos que á una voz entonan cánticos de alabanza á las muchas virtudes que posee la prometida.

Así se casan los hombres de bien, porque yo no he de hablar de los que miran el matrimonio como un negocio, ni de los que por dura imposición dan sanción legal á censurables extravíos.

Pero pasa la llamada luna de miel; las endechas amorosas resultan menos inspiradas, á la vez que son menos frías; los caracteres comienzan á descubrir la trama de

genialidad; la mujer se acomoda á un sistema de vida en que no hay claro-oscuro, y el hombre, que en la constante lucha por la existencia sufre el rigor de los de arriba, la envidia y pujilato de los de al lado, y la resistente incuria de los de abajo, vuelve al hogar en busca de justificadas compensaciones que endulcen las amarguras de continuadas horas de batalla; y cuando no encuentra en él ni la poesía de los consuelos, ni el delicado perfume de la constante afabilidad, ni el arco de triunfo que forman unos brazos que acogen con cariño al ser entristecido, ni el bálsamo que lece, sus fuerzas se abaten, y reemplazan



I.—Traje de desposada.

II.—Traje de ceremonia.

con la desilusión, las energías con el enervamiento, queda adormecido durante un largo periodo de tiempo, y al despertar más tarde recobrando sus impetus, ó se encamina por la desesperación, ó se dirige por el tortuoso derrotero del error.

La mujer casada tiene un convento, su casa; una imagen á quien venerar, su marido; y así como la religión, presentando unas veces el templo envuelto en sombras que convidan á la meditación, y otras con la esplendidez de los grandes festivales, que da rienda suelta á los eluvios de entusiasmo, sabe tocar en todos los casos las fibras del ser-

timiento; así también la casada que se penetra de la alta misión que le cumple llenar, debe hacer que la propia vivienda se ofrezca á la vista del esposo con la misma fascinación que ofrecen al niño los variados cuadros del diorama.

Todos los hombres tienen determinadas aficiones encajadas en los moldes de lo noble y levantado. Si éstas fueren, por ejemplo, las literarias, celebrad veladas en vuestro hogar, congregando en él á hombres de justa fama en el arte del bien decir; si vuestra posición no lo permite, llevad con preferencia á vuestros maridos á las reuniones en donde se

rinda culto á las letras; destinad parte de vuestros ahorros, de esos ahorros que siempre deja una acertada gestión económica, á adquirir el libro que acaba de publicarse, y que ellos acaso no se hayan atrevido á comprar por temor de que se les impute que distraen en cosas superfluas el dinero preciso para ineludibles obligaciones; y si todo ello os mortifica, sobreponed, considerando que, así como las plantas no fructifican en el áspero erial, así también la alegría y bienestar en los hombres no pueden arraigar ni oyendo la perpetua contienda con la sarvidumbre, ni observando que os encerráis en el egoísta exclusivismo de vuestros gustos.

tos, siquiera fueren éstos del carácter más santo y loable.

La llegada del marido á la casa debe considerarse como una tregua dada á los disgustos, pues aun con aquellos que por su índole no pueden ocultarse, como son los producidos por las enfermedades, conviene rebajar su importancia, ya que de otra suerte no habría punto de reposo para el espíritu del hombre.

Debe, al par, la mujer procurar, en cuanto ello es posible, que no decaiga la ilusión que supo inspirar un día, para lo cual no se necesita, ciertamente, incurrir en gastos dispendiosos, sino prestar preferente atención á esa pulcritud, compañera siempre del aprecio de si propio.

Y debe sobre todo huir de cualquier contienda, porque con ella no pueden obtenerse siempre más que dos resultados: ó que prevalezca su opinión, con manifiesto rebajamiento de la dignidad del hombre, que representa en el hogar el astro de donde irradia la luz de los beneficios, ó que se sobreponga la voluntad del esposo, con lo cual, á la vez que pierde ella terreno en su política conquistadora, cercena los medios de conocer en sus más mínimos detalles el carácter de su marido.

Dejad hablar á los hombres tanto como les plazca, ya lo hicieren acertada ó erróneamente; dejadles hablar, y os será cosa fácil advertir la pasión que les domina, la preocupación que les embarga, la pena que les aflige, el temor que les asedia. Leyendo de esa suerte en su corazón, podréis, con arte, con ese arte de la mujer, mezcla de dulzura, de sentimiento y de energía, arbitrar el modo de irles separando suavemente del peligro que les amenaza ó del error que les confunde.

Cuidad con escrupulosidad suma que todo el que entrare en vuestra casa, y muy particularmente el que viviere en ella, lleve el sello de la honradez. Despreocupaciones muy acomodables al espíritu de las modernas sociedades pueden originar fatales consecuencias, á la manera que la diminuta chispa lanzada sobre la materia combustible produce horrosos estragos.

Esa amiga de dudoso proceder, cuya conversación, por punto general grata, distrae y seduce al extremo de que constituye una necesidad para el que la ha escuchado algunas veces, es la manzana tentadora del Paraíso, y ya sea imbuyéndolos equivocadas ideas respecto del modo mejor de tratar á los hombres, ó ya sea influyendo de manera torcida sobre el ánimo de vuestros maridos, puede abrir entre ambos cónyuges hondo abismo, al cual vayan á parar, en revuelto torbellino, tranquilidad, ventura y porvenir.

Ese amigo asiduo que no se halla ligado á vuestro esposo por ningún interés definido, que á título de profesaros sincero afecto incurre en la oficiosidad, sin causa que lo justifique, no es más que la segunda edición de la amiga de que os dejo hablado.

Estad siempre apercebidas, pero nunca con prevención, porque abrigando sospechas infundadas, se desata la asoladora pasión de los celos, con la cual bien podéis acibarar todas las dichas, y hacer que crucen por la mente de vuestros maridos torcidas ideas.

La esposa no debe siquiera dejar entrefer la posibilidad de que el marido no la haga objeto de la mayor atención y cariño.

Aun con la evidencia de los hechos, debe encerrar su tristeza bajo el seguro candado del más absoluto silencio. Roto de otra suerte el valladar de los miramientos, ó es fuerza que se someta á una situación deshonrosa, ó tiene lugar un rompimiento, que si puede satisfacer por un instante el amor propio ofendido, deja en cambio tras sí un reguero de horribles mortificaciones, extensivas á esos pedazos del alma llamados hijos, víctimas muchas veces de ajenas culpas.

Jamás olvidéis que esa sociedad que os acoge con fruición en tanto que os ve amparada por vuestro esposo, sería la primera en rechazaros, ó, al menos, en recibiros con frialdad si os encontrara sola, porque en casos tales es preciso sunar á la propia desgracia el ensañamiento de los que no tuvieron envidia, la perversa intención de los que acometen al débil, y el espíritu inquieto de los que, tergiversando la realidad de los hechos, gozan en sacar á pública subasta el infortunio del prójimo.

Siempre he creído que si las mujeres supieran callar y hacerse las tontas, el divorcio quedaría proscripito.

Diréis que es difícil el desempeño de esos papeles. Verdad grande; pero si se tiene en cuenta que la impaciencia puede dar el triunfo á la maldad, robándonos lo que de más preciado habíais, no es mucho que os sometáis al sacrificio, siempre en la confianza de que la virtud acrisolada vencerá á la perversión, sobre todo no contando ésta con el material que suelen proporcionarle los arrebatos propios de cerebros calenturientos y de corazones que no saben frenar sus ímpetus ante el poderoso contentivo de las creencias religiosas.

Para terminar, imaginaos que nunca dejáis de ser la novia de vuestro marido, y pensad constantemente que la conquista de éste se realiza cuando termina vuestra existencia, ó cuando el esposo, en el lecho mortuorio, os da con acendrado amor el ósculo de paz.

LA BARONESA MARÍA.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirlas las Señoras Suscriptoras á la edición de lujo y á la 2.ª edición, demostrando esta circunstancia con el envió de una fajita del periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en carta anónima, ó que vengan firmadas por personas que no demuestran debidamente ser suscriptoras á las citadas ediciones, no serán contestadas.

Sra. D.ª D. M. B.—Los velos de encaje negro, y lo mismo toda clase de encaje, quedan perfectamente limpios lavándolos con cerveza caliente. Después se aclaran y se estrujan sin torcerlos. En seguida se extienden sobre una franela, saciéndoles bien las ondas con los dedos, pero sin tirar mucho; luego se pone un linón finito y engomado, y se pasa la plancha á buen temple, hasta que el encaje quede seco y terso.

Primeramente se mojan las camisas con almidón bien desleído, echando el bórax en la cantidad que crea suficiente, disuelto en agua caliente y dado un hervor.

Para que salga el brillo, después de bien planchada la camisola, se pasa repetidas veces, humedeciendo la pechera, cuello ó puños con un trapito de hilo blanco, la plancha combada, que se vende á propósito para este objeto, hasta que se saque el brillo que se desea.

También venden una preparación en frascquitos que saca el brillo á las camisolas; pero no puedo garantizar el éxito por no conocerlo prácticamente.

LA GRACIA DE BILBAO.—Los guantes de más vestir son los de cabritilla blancos, maíz muy claro ó gris también claro. Si, es elegante y de mucho vestir el velito en los sombreros negros, con motas blancas, de oro ó de seda amarilla. Tenga la bondad de leer mi contestación A la Sra. de Casa-Torre en nuestro núm. 24, y verá la manera de hacer el verdadero arroz á la valenciana.

¿UNA MORENA.—Sí, la forma que emplea en la consulta que me dirige está perfectamente.

Sin duda no ha debido fijarse en los grabados que tienen patrones, pues el designado con el núm 20 de LA MODA del 6 de Octubre del año actual es muy á propósito para modelo del vestido de esa señorita, poniéndole pasamanería de seda del mismo color del tejido de lana guarneciendo el cuerpo y cinturón, y de bengalina del mismo color, pero de un matiz más obscuro, el camisón pliegado y cuello.

Para el peinado de esas señoritas, vea el grabado núm. 9 de LA MODA correspondiente al 22 de Octubre del presente año.

¿UNA VIUDA RIFENA.—Puesto que es poco el vello que tiene usted en la barba, puede extirparlo con unas pinzas, frotándose después diariamente con agua de Colonia pura.

Me parece bien la excursión al campo que proyecta usted, y para obsequiar á esa persona puede ofrecerle una merienda, en la que pueden servirse fiambres, pastas, dulces, etc.

Con éstos servir Jerez, y con los fiambres Burdeos.

¿UNA C. A. Y ROMANA.—Los chalecos de gamuzza quedan perfectamente limpios lavándolos con palo de jabón. Se restringa bien la tela, como se hace con cualquier prenda de vestir, repitiendo la operación si se cree necesario. Después se deja una hora en agua de sal, aclarándolo en seguida con agua fría. Se tiende á la sombra, y cuando está enjuto, se estira con las manos sobre una franela, y poniendo un paño blanco encima, se plancha bien.

Como verá á la cateza de esta sección, sólo tienen derecho á que se contesten sus consultas, las Sras. Suscriptoras de la edición de lujo y de la segunda.

Las carpetas para LA MODA valen 3 pesetas.

¿UNA SUSCRIPTORA DE VEINTICINCO AÑOS.—Tendré muchísimo gusto en darle en el próximo número de nuestro periódico las dos recetas que me pide.

UN LINDO JAZMÍN AL DESPUNTA LA AURORA.—El luto riguroso de padres es de dos años; hasta pasados los seis primeros meses no se usa sombrero, y el adorno que se emplea en el año de rigor es de crespón inglés.

Pasados diez y ocho meses, ya puede usar como adorno la pasamanería, terciopelo, encaje, etc., y puede usar, si quiere, traje color gris obscuro ó violeta.

Los dos colores con adornos negros.

¿UNA SUSCRIPTORA.—Para evitar que destina el traje de franela encarnada, se tiene veintifactor horas en agua, sal y vinagre. El cuerpo de franela blanca, así como los trajecitos de color, quedan muy bien lavándolos con agua de salvado cocido, algo tibia. Se deja largo rato embebido lo que ha de lavarse, y después se estruja y restringa como con el jabón. Se le quita la primera agua, y se le pone la segunda, y si es preciso otra tercera, repitiendo la operación. Después se aclara en agua salada y se tiende á la sombra. Algo húmedo aún, se plancha.

¿FLOR DEL GURCÚ.—De los dos grabados señalados con los núms. 5 y 6, en el núm. 44 de LA MODA, el último es muy á propósito para la confección del traje rayado de esa señorita, poniéndole, si el ancho de la tela da lo necesario para la largura de la falda, las rayas atravesadas. El adorno del cuerpo, cuello, mangas y cinturón, tal como el modelo lo marca, de cinta de terciopelo en un tono más obscuro que las rayas, pero el mismo color. Al fondo de falda se le da el corte exacto á la tela rayada, y se le cose unido á ésta, es decir, que es más bien un forrado. Supongo que lo pondrá de seda del mismo color de la raya, pues con el tejido transparente hará precioso.

Un elegante modelo para el traje de esa señora son los grabados 7 y 8 del número del 14 de Diciembre corriente. En cuanto al color del traje, puede usted elegir entre el gris, pensamiento, dalia obscuro, verde, amatista, etc., adornándolo con encaje grueso negro.

Lo que, á mi juicio, debe hacer, es la chaqueta de encaje menos larga, pues así el traje siempre rejuvenece algo á la que lo lleva.

Si se usan mucho los sombreros adornados con pluma. Para el sombrero granate, adornos negros.

Es un bonito regalo para esa señorita un tarjetero y portamonedas de piel de color claro, con las iniciales enlazadas de oro ó plata, una sombrilla ó abanico bonito, frasco de sales de mérito, etc., etc.

El vestido verde obscuro que ha hecho me parece elegante. Para contestar á la carta á que se refiere, puede hacerlo en todo el mes.

A las niñas de esa edad les está mejor el trajecito hasta el arranque de la bata.

HOJA SECA.—Siento mucho no haya llegado á tiempo su carta, pues hubiera tenido sumo gusto en contestar á su consulta sobre los trajecitos rayados; pero de todos modos le diré que la idea que me explica para la combinación y el modelo que ha elegido para su confección me parecen muy bien.

Como la edad de las niñas es distinta, ya que pide mi consejo, le diré que me parece monísimo y muy á propósito para la confección del traje de la niña de ocho años el grabado 22 de nuestro número del 22 de Octubre, cambiando por una cinta de raso estrecha, de un tono más claro que el tejido, lo que en el modelo indicé ser de acero. Canesú de guipur blanco y cinturón de la misma cinta que bordea el cuerpo, pero de un ancho á propósito. Si la hace también paletó, en vez del cuello de batista póngaselo de surah, de igual tono que las cintas.

En todos los vestidos de las niñas, hasta los trece años, van los cuerpos pegados á la falda. El vuelo de la falda para niña de ocho años debe ser de tres varas, y sobre su forma también debe sesgarse un poco de los lados, haciendo las pinzas en el paño de delante. El que tenga más ó menos forma depende del desarrollo que la niña haya adquirido; pues si es delgada, necesita más vuelo de la parte de arriba, y si es gruesa, necesita menos. La parte inferior de la falda es completamente al hilo por todo alrededor.

Para el traje de la niña de diez años, encontrará usted, en el mismo número antes indicado, el grabado 33, que es muy bonito y á propósito, poniéndole tres cintas de raso núm. 5, del mismo punto del color del tejido (un poquito más claro). De la misma cinta, pero distinto ancho, el cinturón. Canesú y cuello de guipur blanco, y el volante que lo rodea, de surah del mismo punto de color que la cinta. La falda ha de tener la anchura de algo más de tres varas.

La carta dirigida á ese caballero debe terminar de este modo: S. S. Q. B. S. M., y en el segundo caso que indica, lo mismo.

Cuando presenten á usted á ese caballero, si éste le dirige la palabra y entran en conversación, debe usted seguirle, é indicarle, si quiere, que le conocía usted mucho de vista, etc., etc.

Para vestir se usa enagua de seda, ó blanca, más ó menos adornada.

¿MARÍA DE LA C. DE T.—La idea que me da para la confección de su odredón no me parece mal; pero, como me pide mi parecer, debo decirle que ese estilo de labor está completamente en desuso, y sería mucho más elegante y de moda haciéndolo como explico en mi contestación A Riguirán, en LA MODA ELEGANTE, núm. 24.

¿UNA INGENIERA.—Lo más corriente es que en ese día cambien entre sí los futuros esposos objetos como los siguientes:

El novio, á su prometida, un brazalete, en cuya parte interior va grabada la fecha de su petición; la novia puede elegir entre un alfiler de corbata, anillo ó medallón.

Corresponde la representación del padre de ese caballero al tío de éste.

Todo cuanto corresponde al *trousseau* que esa señorita debe llevar lo verá expresado, con los más ínfimos detalles, en mis contestaciones publicadas en el núm. 38 de LA MODA y dirigidas A una nueva Suscriptora y A María; en el núm. 31, A Clavelos rojos y A una Señora, y en el número 43, A una Blandense. En la del núm. 40, dirigida A una nueva Proprietaria, encontrará usted noticia sobre la manera de decorar las habitaciones; y en las respuestas A una Suscriptora, en nuestro núm. 45, y A Clavelos rojos y A Iguales pensamientos, en el núm. 28, el modo de adornar los juegos de cama, marcar la ropa de casa, etc.

El rollo no se usa. Los almohadones cuadrados tienen una vara en cuadro, contando con los jaretones, que deben ser de tres dedos de ancho todo alrededor. Se guarnecen en igual forma que los juegos de cama. Las iniciales, enlazadas en el centro. Los encajes en las ropas de cama se ponen de distintos anchos. Lo más de una cuarta.

Las marcas en las toallas y ropas de color deben mezclarse con los mismos tonos que tengan las cenefas, festones, etc.

De ninguna manera debe llevar en la ropa blanca marcas ni festones negros. Apenas se usa poner en los *trousseaus* ropa de color; lo que únicamente puede poner es alguna ropa con festón ligero, ó dibujitos menudos de color. Generalmente la ropa interior que viste la novia el día de la ceremonia es de batista blanca guarnecida de encajes de *valenciennes*; pero si quiere usarla de seda toda blanca, también está muy de moda.

No se usan las cofias á que se refiere.

Si el luto que ese caballero lleva es de padres, después de la ceremonia está usted obligada á ponerse de luto; pero de ningún modo debe ir enlutada, sino con traje blanco ó negro, según lo prefiera. En cuanto á la forma del vestido, en una de las contestaciones que le indico, verá la explicación de uno bello eleganteísimo. Con igual modelo puede hacerse luto negro.

La colcha más elegante que puede elegir es de batista de seda blanca, guarnecida de encaje ancho y entredos en el centro; las iniciales enlazadas en el centro ó en bastante cuidado. Viso de raso azul pálido, rosa un poco fuerte ó pajá; en el mismo estilo de la colcha deben ser las colgaduras y dosel de la cama.

Diré á usted un modelo de cubrepies elegante: derecho, de tela Pompadour; revés, de raso del mismo color, y clase la misma que el viso de la colcha y las colgaduras.

Su forma es un embastillado, formando dibujos, rombos, estrellas, etc., etc., y las dimensiones son de todo el largo que la cama tenga, y de un ancho que cubra la cama hasta la mitad ó cubriéndola por completo.

Lea también mi contestación A una Navarra, en nuestro número de 6 Octubre, pues también le será conveniente.

¿BLANCA.—Para niñas se pone más bien en sus trajes el talle corto que largo, y las faldas, semilargas. En cuanto al adorno, lo más sencillo es casi de rigor. Las juvenecitas usan muchísimo, para teatro y *soirée*, el